



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 4 Novbre. 1938. - III Año Triunfal. Núm. 923

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

**Saludo a Franco «Arriba España»**

cinidia del sacerdote en las asociaciones y sindicatos.

¡Dios era al único que no se podía enseñar ni nombrar! para los laicistas. Se podía (¡se debía!) hablar de los herejes, de los protestantes, de los masones, de los revolucionarios, de los enemigos de la Patria, de los traidores... De Dios no se podía hablar.

Del mismo modo en las organizaciones obreras podían entrar los hombres sin creencias religiosas, los enemigos de Dios, los holgazanes y huelguistas, los cristianos que no cumplían con parroquia, los blasfemos, los borrachos, los iracundos, los insolentes, los jugadores, los libertinos, los deshonestos... El que no podía ser admitido era el sacerdote.

¿Cómo hubiera sido posible aquella ceguera tan obstinada sobre la *confesionalidad* de las obras sociales y aún de las católicas?

Ahora recordamos atónitos aquella locura. Eramos unos muñecos manejados por nuestros enemigos.

Aquella lucha enconada que dividió el Centro Católico Alemán y que llenaba de amargura a los que lo contemplaban sin poderlo evitar... Aquellas divisiones en Francia e Italia que luego contagió a España, que estúpidamente se apresuraba a copiar los desaciertos de fuera...

El Papa hablaba y no era escuchado.

Aquí vimos también a los católicos con esas sutilezas recelosas desangrarse y debilitarse.

Los sindicatos obreros no quisieron *consiliario*. Eran mayores de edad, no

necesitaban tutela minoritaria y humillante y había que evitar asustar a los obreros.

Aquella organización poderosa, preparada hábil y pacientemente durante varios lustros, que tenía sus revistas, semanarios, folletos, hojas... mítines... todo en abundancia y bien dispuesto y ya irradiaba su acción fecunda por casi toda España, se hundió en un momento. El ilustre fundador, lleno de amargura, se expatrió por no aceptar las organizaciones sin *consiliario*. ¡Hasta dónde había ya llegado el mal!

Los mismos que propagaban los sindicatos católicos tenían miedo de hablar de religión como si fuera algo funesto, y la ocultaban y pretendían ir introduciendo su influencia a la larga o contentándose con lo que daría de sí la convivencia en el mismo centro y que casi nunca dió otro fruto que un casino más, y frecuentemente indiferente o enemigo de la Iglesia.

Hubo, sí, patronatos, centros, círculos y aún sindicatos que tuvieron *consiliario*, pero sin fuerza real, que no encauzaban, ni inspiraban, ni podían impedir nada, ni asistían, a veces, a las juntas. Eran tildados de patronales, con razón.

En el campo hubo mayor influencia del cura, pero si se exceptúa la gloriosa Navarra (que por eso se ha visto libre del liberalismo y del marxismo) y casos muy meritorios esporádicos del resto, el sacerdote no podía estar satisfecho.

Recuerdo lo que me decía un sa-

## Aspectos laicistas

Muchos, muchísimos y muy graves son los daños producidos por el odio satánico al sacerdote. Es más, sin ese odio, imposible la catástrofe religiosa actual.

Pero tampoco hubiera sido posible sin la apatía general de tantos cristianos que no entendieron o no sintieron el carácter sobrenatural y divino del sacerdote.

Con pretexto de neutralidad o de ausencia de prejuicios religiosos, para no ahuyentar a los obreros, se pres-



cerdote encanecido en la vida parroquial y venerado de sus feligreses. Admiraba yo las obras sociales de aquel sindicato y me contestó tristemente: "todo esto es aparente, no hay espíritu; exprimes esto y no queda nada". En estas tragedias lo han asesinado sus feligreses. Es uno de nuestros más esclarecidos mártires. Ah-

ra estará gozando de Dios y viendo que no se equivocó.

Pero si entre los obreros ocurría eso, ¿qué diremos de los elementos directivos?

¿Dónde se ha visto un consiliario para las empresas patronales, sociedades industriales, comerciales, intelectuales...?

¿Es que no necesitan religión los

patronos ni los abogados, médicos, arquitectos, empresarios, artistas...?

¿Es que la religión era sólo precisa para los obreros?

Los obreros recelaban del sacerdote pero las clases directivas no lo han admitido ni utilizado nunca.

Y Dios está sobre todos y ha enviado a su sacerdote para la salvación de todos.

TOMÁS

## LA MUERTE

No, no me hables, que en el mundo todo acaba, todo muere; la muerte es la gran tirana y a su imperio todo cede, y lo grande y lo pequeño en sus manazas perece, que no hay nada que resista al furor de su corriente.

Las grandezas de la tierra su corazón no conmueven, secas tiene las entrañas y frío el pecho de nieve; lo dice su aliento helado y el crujido de sus dientes.

¡Qué lástima, cielo santo! sólo pensarlo estremece; padres, hermanos, amigos, sabios, ricos, grandes, fuertes, nada sois, sino una sombra, sombra que se desvanece, porque aquí, ya lo sabemos,

todo acaba, todo muere.

Una voz baja del cielo que en mis oídos resuena y grita: falso, eso es falso; ¿quién habla?, ¿qué voz es esa?

El sol se hunde en el ocaso del día en la hora postrera; pero no se muere el sol, va a iluminar a otras tierras, porque descansan los hombres de esa lumbrerada inmensa con que enciende los espacios y con que abrasa la tierra.

El trigo que cae al surco y en él su existencia deja, no muere tampoco, no, porque allí a vivir empieza y rompe pronto su cárcel y obra su tierna cabeza cargada de muchos granos que son vida, que son fuerza.

¿Qué es lo que llamamos muerte?

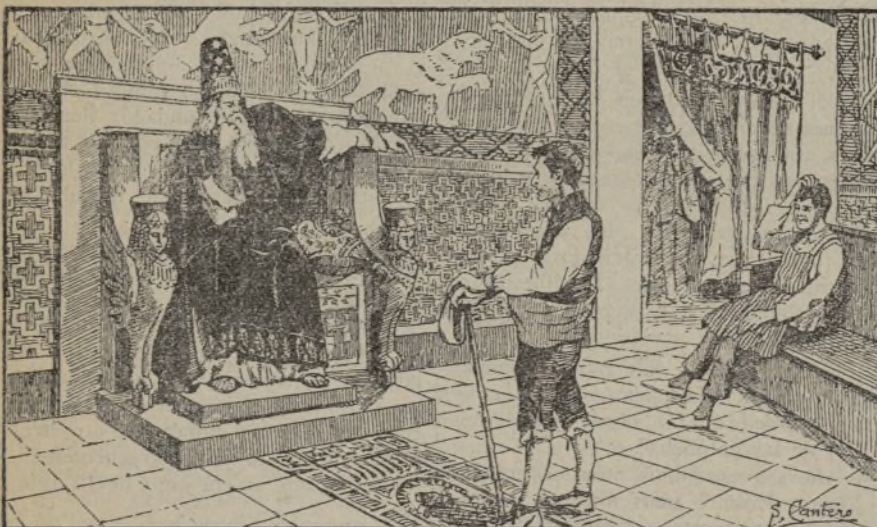
la vida que se renueva.

Caen los hombres a la tumba como turbión de hojas secas; pero no muere por eso el sol de su inteligencia que al apagarse en el suelo flota sobre las estrellas.

Si no se aniquila el sol compuesto de vil materia ¿cómo ha de morir el hombre? ni lo pienses, ni lo creas aunque sufra aquí un eclipse el ocaso de la tierra.

Cambiarse el hombre de casa, se hace sin muerte, sin penas; que la muerte, en conclusión es dejar esta existencia y trasladarse a otra parte de vida más opulenta, si aquí ha vivido la vida que es divina, que es eterna.

JULIO ASCANIO



## TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!

—¡Síñor...!

—¡Entra...!

—¿Qué manda usted?

—Quiero aprovechar este rato hasta que sea hora de abrir el Tribunal. Observo que estás triste, cosa rara en ti; y más aún que triste te veo preocupado. ¿Qué tienes?

—¿Quiá e tener? nada.

—Eso no es verdad; algo tienes; no es propio de ti y quiero que me hables con franqueza, como a tu padre.

—Pues que está uno aborrecido deste mundo... y de todo.

—¡Chico! (¿) No te he visto nunca como ahora. ¿Qué te pasa?

—Que uno ya tiene conocimiento, no es uno un crío de teta...

—¡Claro! ya hace años...

—...y aunque piensan que soy un feliz, y me chupo el dedo, tengo más conocimiento qui otros y uno ve ahora que too es una mentira... y está uno desengañau de too... y lo mesmo me se da morime que ime ande no vea a naide...

—¿Te quieres ir cartujo?

—No m'importaría nada...

—¿Cómo te ha venido esa vocación tan de repente?

—Que ve uno que to es mentira que to son unos embusteros y estaría uno mu bien ande no viese a nenguno... hasta morime...

—¿Es que te ha impresionado mucho la muerte de alguno o el día de las Almas...? o ¿qué ha sido ese cambio tan profundo en ti...?

—Como emprisioname, quice usted, sí, que ya tenía miedo de que llegasen las Almas y que se pasasen cuanto antes. Aun mi alcuérda de mi pueblo to la noche las campanas din... don... dan..., questaba uno llenico e miedo; venga a tapame en la cama pa no sintilo y aún lo sintía más; questaba temblando y me paicia que m'agarraba mi agüelo, que venía a buscarme po lo que l'hi hecho rabiár en este mundo...

—¿Y por eso querías irte cartujo?



Pues allí pensarías mucho en la muerte...

—No pensaría miaja. Allí estaría yo tan ricamente.

Los demás que piensen tol santo día si quieren en la muerte, que yo los dejaría en paz, que no me gusta estorbar a naide; que pa eso tiene uno modos y crianza, qui otros paicen bestias, aunque vengán a casas güenas, como muchos que vienen al Trebunal...

—Pero bueno, ¿te vas cartujo o no?

—Pues a iso voy; que me se daría naa ime.

—Tu no tienes vocación; tendrías que estar en silencio, rezar mucho, ayunar...

—Ya me las apañaría yo, ya; qu'ician a callar, pues a callar; qui a rezar, pues a rezar; y li haría güena cara al que manda y me pondrían en la cocina, que paio me ganan pocos; y allí me pasaría yo el rato bien tranquilo trago va y trago viene mientras das güelta a la comida y pizcando de cuando en cuando pa ver si está cocido...

—¿Y para eso querías irte a la Cartuja?

—Estás muy equivocado. Los frailes llevan vida de penitencia y el que no la hace no lo admiten y lo despiden. Eres un desgraciado que no piensas más que en la vida de los sentidos. Ya me parecía a mí sorprendente que tuvieras una resolución tan generosa. Lo que te pasa es que has tenido algún disgusto.

—Por fuerza se tiene uno quincomodar, con esta gente que no tiene crianza: por lo menos si viera uno una miaja de voluntad...

—¡Macario! sabes que te tengo prohibido aceptar ninguna gratificación...

—No, si no señor; si no es porque me daran; ¿a mí qué me s'importa? pero si viene una presona y s'empaña en date algo, a mí no me gusta dejar feo a naide, que s'ofendería y eso está mu mal...

—Anda, vete de mi presencia...

Tilín, tilín...

—Adelante...

—¿Da usted sú permiso?

—Adelante...

—Soy una pobre viuda con un hijo que lo tengo en el frente desde el principio, que se fué voluntario; que la Virgen del Pilar me lo guarde, que siempre estoy pidiendo por él. Es muy bueno mi hijo. Y tengo tres hijas, dos van al hospital de enfermeras, la otra es ya mayor y está de cajera en un comercio; y me paso la vida muy triste; entre acordarme de mi pobre Luis que era un santo y verme tan sola... Ya ve usted cuatro hijos y cada uno por su lado...

—Ahora lo exige la Patria y cada uno hemos de hacer el sacrificio necesario.

—Mire usted... antes de la guerra era lo mismo. Las unas a la oficina, las otras al taller, siempre sola.

—¿Y por qué las ha colocado usted?

—¡Ay, señor! Porque lo necesito para darles de comer. El chico te trae su sueldo, aunque se queda lo que quiere; y las chicas te traen también unas pesetas y vivimos decentemente, trabajando todos. ¿Qué sería de nosotros, si no trabajasen las chicas?

—Ya comprendo la situación de usted, que es la muchas madres. Es forzoso comer, pero ese jornal ¡a costa de cuántas cosas!

—Es cierto, señor; lo vemos y lo sufrimos y no lo podemos remediar. Yo creo que estas chicas hasta nos pierden el cariño; y yo, para como está el mundo, no me puedo quejar, que son buenas; pero... son ahora de otro modo de como éramos nosotras.

No podemos hablar, que somos antiguas y ellas son de ahora; somos ridículas y no entendemos de nada. Y no hacen caso y no las podemos sujetar. Son buenas, repito que son buenas; pero... no sé cómo son las mujeres ahora. Van más libres, son más despreocupadas y están locas por las modas que me tienen frita, con los coloretes y las cremas y perfumes y... con la... no sé qué iba a decir. Yo les digo que no tienen sentido, que parece mentira con el luto de su padre, y con esta guerra tan espantosa y que está su pobrecico hermano en el frente, que a lo mejor estará muerto en un barranco... No sé cómo tienen ganas ni aun de reír. ¡Y unas risas...! Ahora habíamos de pensar más en rezar, les digo, habíais de madrugar y todos los días a misa y a comulgar por tu padre y por tu hermano para sostenerlo en tanto peligro de alma y cuerpo... ¡Dios mío! ¡cuánto me hacen sufrir! Y como si no les dijera nada. Parece que no tienen sentido, son como unas crías... Las madres sufrimos mucho, señor Mago.

—Comprendo muy bien su dolor y tiene usted mucha razón en lo que dice. Es cierto que hay que tener más sentido, que hay que rezar más, hay que pedir más al Señor y llevar una vida más austera, vida de penitencia había de ser, como la hacen las almas escogidas, que son las que aplacan a Dios y atraen sus bendiciones. Ve usted bien el mal de su casa, que es de casi todas las madres. La falta de vida religiosa ha hecho mundana a la mujer y entre los mayores males que tenemos que lamentar es el haber sacado a la mujer de su casa.

—¿Qué quería usted que hiciera, viuda con cuatro hijos?

—Sí, es cierto, usted no tuvo más remedio y lo mismo otras muchas. No son tampoco ustedes quienes lo pueden remediar. Pero ahora lo vemos claro. Ha sido un crimen sacar a la

mujer de la casa. Esa invasión de masculinización, esa necia ambición de ser como los hombres y estudiar como ellos... abogadas, médicas, ingenieras... empleadas, diputadas... ¡qué locura...! Esa epidemia ha prendido como una moda y ya se creían de una inferioridad humillante si no estudiaban y van como los chicos con sus libros y apuntes y conversaciones... Su ambiente es el Instituto o la Universidad, o la oficina, o el taller. Pero siempre sueltas y fuera de casa. Los quehaceres de casa son cosa de criadas. Ya no hablan de cosas de casa, ya no les interesa. La limpieza, la escoba, el esparto... ni hablar. Son muchas las que se casan y no saben gobernar su casa. La casa se les cae encima, es una vida extranjerizada, algo norteamericana, de novela exótica, de cine... de frivolidad. ¡Qué pena!

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Por lo pronto sufrir y ser usted muy buena; suplir lo que falta a sus hijas pidiendo por ellas; influya usted en ellas la vida piadosa; que sean de la Acción Católica y eso hará que cobren fuerza espiritual y Dios les dará luz para ver mejor la verdad y para seguirla. Por lo demás el mal es demasiado extenso y profundo y necesita del concurso de todos. Venga usted otro día.

EL MAGO

## ECOS DEL SAGRARIO

¡Señor! Tengo una alegría inmensa al saber que me escuchas, en esta soledad y silencio; y que me dejas venir a estar un rato contigo, y hasta me esperas y me llamas.

¿Cómo corresponder a tanta bondad?

Pero ¿es que puedo corresponder?

¿Hay algo en mí que valga? Lo único que puedo hacer es acudir con afán y gozar de este tiempo delicioso delante de Vos.

El mundo no sabe lo que es esto.

Vuestro profeta Isaías os anunciaba como el Dios desconocido y salvador.

Vuestro Precursor clamaba: "En medio de vosotros está Aquel a quien vosotros no conocéis".

Vuestro Apóstol os predicaba como el Dios desconocido.

¿Qué emoción sentirían aquellas gentes que os esperaban con tanto anhelo al saber que estabais ya en medio de ellos y os buscaban con afán?

Seguís siendo entre los cristianos el Dios escondido en el Sagrario.

El Dios desconocido; y sois el Dios salvador.

¡Qué pena, que no os conozcan!

¡Qué pena, que no sepan que sois el Salvador!

¡Qué pena mayor aún que yo lo sé y no lo aprovecho...!

J. ADELAC



## Olor de Cristo

## HASTA EN LO ADVERSO

Una de las verdades más consoladoras y más hermosas y profundas es saber la providencia divina.

La sabiduría humana la alcanzó ya. Era precisa la soberbia de una rebeldía satánica para rechazar una verdad tan luminosa y segura.

El hombre sabe demasiado su debilidad, su impotencia absoluta para muchas cosas y goza viéndose tutelado por la sabiduría, el poder y el amor infinito de Dios.

Jesucristo ha saturado su doctrina de esta enseñanza dulce inseparable de la paternidad divina.

Unas veces asegura a sus discípulos que "la sabiduría divina lo alcanza todo de un extremo a otro y que todo lo dispone suavemente", es decir, sin violencia, conforme a la naturaleza de cada cosa.

¿Cómo escucharían embelesadas aquellas gentes sencillas esa revelación? Respirarían tranquilas sabiendo que también a ellas, también *su caso*, la situación de su alma, estaba dentro de la mirada divina.

Y desmenuzando aquella verdad inmensa descendía luego al detalle nimio. "Os aseguro que ni una hoja de un árbol, ni un cabello de vuestra cabeza caen sin permiso de nuestro Padre".

Hasta la hoja, hasta el cabello... todo está previsto; pero además dentro del poder de Dios. Jesús quería ahondar en las almas esta verdad y les decía aquellas palabras bellísimas: "No os inquietéis por lo que habéis de comer, ni con qué os habéis de vestir... ¿No vale el alma más que el cuerpo...? Mirad las aves; no siembran, ni siegan, ni recogen el fruto en los graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más en comparación de ellas?"

Después les habla del vestido y de las flores y les insiste "¡los gentiles son los que se preocupan de estas cosas...!"

Así eran los apóstoles y los discípulos; así eran los primeros cristianos, almas que vivían desprendidas del mundo, siempre seguras en los brazos de Dios.

Así han sido los santos y así era D. Juan. Vivía su vida apacible con ese dulce abandono en Dios sin inquietud por la marcha de las cosas ni meros por su porvenir.

Los cristianos ven la mano de Dios fácilmente en los sucesos generales, en los asuntos ajenos, en las cosas extraordinarias que les obliga a exclamar: "¡esto es providencial!"; hasta en el curso ordinario de su vi-

da lo ven las almas piadosas. Lo que ya no es frecuente es ver la mano de Dios en los sucesos que nos son adversos.

A menudo el que no logra su afán se ve desgraciado y humillado y frecuentemente se siente perseguido, y de ahoga su descontento contra Fulano que es el que tiene la culpa. Cuando se le llama la atención, en ratos de calma espiritual se resignan con esfuerzo y llegan a olvidar la herida. Sólo las almas grandes ven también allí la mano siempre amorosa de Dios.

Don Juan era de estas almas escogidas y privilegiadas. No paraba atención a las insidias de los enemigos, no se enteraba, a veces, de la ofensa, de la impertinencia, ni le inquietaba la persecución tenebrosa. Cuando alguno le llamaba la atención, se sonreía inofensivamente y seguía sencillamente otra cosa. No perdía nunca la paz interior y exterior.

¿Cuánta paciencia y cuánto tiempo y méritos se pierden por no ver la mano de Dios en lo adverso!

Por eso D. Juan tenía e a gran libertad. No se sentía atado más que a Dios.

No es que no tuviera afectos, que no pusiera empeño y desvelos en sus empresas y una tenacidad que revelaba la firmeza de su carácter. Es que veía a Dios, y lo veía en el superior, y en el obstáculo insuperable sin pecado, en las contrariedades, en la cruz. Lo ordinario es exclamar: "¡Qué lástima!" y ver con dolor el derrumbamiento de sus ilusiones y también el de su entusiasmo y sentirse desalentado y tentado a abandonarlo todo en medio de un mundo de egoísmos, ambiciosos, pretenciosos e incomprensivos.

D. Juan se limitaba a decir: "¡No lo ha querido Dios!; ¡qué vamos a hacer!; tal vez no nos convenga; no sabemos los planes de Dios..." Y cambiaba en redondo con la mayor facilidad, como si aquella renuncia no hubiera sido el cultivo de años de oración, de trabajos y de constancia...

"El niño no sabe lo que le conviene;—solía decir—pide una cosa y llora si no se la dan: somos menos que niños delante de Dios; le pedimos juguetes y lloramos, pero Dios sabe lo que nos conviene, y no nos lo da si es cosa que nos ha de perjudicar..."

Así vivía D. Juan, como un niño en los brazos de su Padre. Por eso tenía aquella paz inalterable; por eso logró tanto mérito y habrá conseguido tanta gloria.

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA  
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de **EL ECO DE LA CRUZ**, convirtiéndolo en mensual.

**NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.**

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen **EL ECO**... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

**Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio:**

Doña Luisa Caballero, La Parra; don Daniel Carnicero, Zaratán; señorita Esther Carranza, Santander; don Lorenzo Romeo, Ayerbe; señora viuda de Torresano, Salamanca.

## EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10—Zaragoza

## PRECIOS DE SUSCRICION

De	1 ejemplar de cada número, al año,	2'00
2	"	3'00
3	"	3'75
4	"	4'50
5	"	5'00
10	"	10'00
15	"	12'50
20	"	15'00
25	"	16'50
30	"	18'00
50	"	26'00
100	"	45'00

"**EL ECO DE LA CRUZ**" es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia. Fábricas, Conferencias, Patronatos, etc.

Tip. Gambón.—Canfranc, 3.—Zaragoza